

Diálogo de conocimientos y la posibilidad de renombrar el mundo

Sofía Álvarez Cárdenas

Educadora popular

Campaña de alfabetización, Acalman, Puebla, 2018

El verano pasado tuve la oportunidad de ir a una campaña de alfabetización como educadora, y ciertamente nunca olvidaré lo que viví. Mientras escribo sobre el intercambio de saberes me viene a la mente algo muy particular que sucedió en una de mis clases.

Mi compañera Mari y yo dábamos una clase sobre anatomía a Silvia y Teodora, dos mujeres jóvenes que al principio nos habían pedido clases de primeros auxilios, pues querían saber cómo atender a sus hijas en caso de una emergencia. Nosotras, al no ser paramédicas ni haber tomado un curso de esto, les propusimos tener una clase sobre el cuerpo humano, pues nos parecía irresponsable hablar sobre primeros auxilios cuando nosotras mismas no sabíamos mucho sobre el tema. Así que aceptaron.

Comenzamos la clase llevando información sobre los distintos sistemas que operan el cuerpo: el circulatorio, el sistema nervioso, el respiratorio y el óseo. Poco a poco fuimos entablando una relación de mucha confianza, en la que ellas nos contaban sobre sus vidas, y nosotras sobre las nuestras. Había días que llevábamos la clase preparada, pero al final no la dábamos, porque nos quedábamos hablando sobre los impuestos en Estados Unidos y en México, pues Silvia era migrante y siempre tenía cosas nuevas que contarnos. Así, ellas intercambiaban con nosotras lo que sabían y nosotras con ellas. Ambas estaban muy dispuestas a escuchar lo que nosotras les decíamos, sus mentes siempre estaban abiertas a cualquier cosa nueva que pudieran aprender. Era un par de personas muy curiosas que preguntaban sobre casi cualquier cosa y nunca tenían miedo a decir su opinión.

Las clases sobre los sistemas que operan en el cuerpo humano se fueron acabando y entonces ellas nos pidieron clases sobre los aparatos reproductores, pero más específicamente el femenino. Luego de varias se-

siones en las que hablamos del funcionamiento de cada órgano sexual, las cuatro juntas, después de haber tenido casi un mes de clases sobre el cuerpo humano, llegamos a la conclusión de que realmente lo único que nos hacía distintas de los hombres era nuestro aparato reproductor. En varias ocasiones discutimos sobre esto y sobre cómo nos hacía sentir que fuéramos tratadas diferente a los hombres.

Entonces, Silvia y Teodora nos preguntaron sobre el embarazo, y ahí nos la pasamos un montón de clases. Ellas nos contaron cómo había sido su experiencia de ser mujeres y estar embarazadas, y nosotras les explicamos un poco más técnicamente lo que había pasado en sus cuerpos. Realmente disfruté esas clases, pues ellas estaban muy interesadas en el tema y siempre nos hablaban desde su experiencia, cómo habían sido diferentes sus embarazos y cómo se habían sentido de embarazarse tan jóvenes. Después de cada clase que teníamos sobre el embarazo yo salía pensando lo fuertes que eran estas dos mujeres, porque a pesar de ser sólo cinco o siete años mayores que Mari y yo, ya tenían dos hijas cada una y habían tenido que luchar mucho para criarlas; y salía pensando en lo agradecida que estaba por tener su confianza, pues nos decían cosas que nunca se habían atrevido a decirle a alguien más.

Cuando terminamos de hablar sobre el embarazo empezamos a hablar sobre el parto, y entonces nos contaron sobre la violencia obstétrica que habían sufrido ambas. Yo me quedé atónita, pues nunca se me había ocurrido pensar que eso era algo que sucedía, y además tan frecuentemente. Ahí fue cuando Silvia y Teodora nos pidieron hablar sobre la partería, y vaya que nos pusieron en jaque, pues ni Mari ni yo sabíamos mucho al respecto. Así que después de una larguísima investigación, por fin tuvimos la clase preparada. Entonces subimos la empinada colina que lleva hasta su casa y nos dispusimos a platicar.

Resultó que ellas nos terminaron dando la clase sobre partería a nosotras, pues el abuelo de Silvia y la tía de Teo eran parteras, y ellas, después de haber sufrido violencia obstétrica, se pusieron a investigar con sus familiares todo lo que pudieron. Nos hablaron sobre los métodos que usaban y las hierbas que se necesitaban; sobre cómo había que sobarle la panza a una mujer para “encaminarle” al bebé y lo mucho que las parteras sufrían ahora en las comunidades, pues eran criminalizadas por la gente; sobre cómo ya casi no existían parteras, porque como era mal visto, las que sí existían temían pasarles los conocimientos a sus sucesoras. Nos hablaron sobre el origen de la partería en las comunidades rurales y sobre lo mucho que ayudaban. Mari y yo nos tuvimos que limitar a contarles cómo era la partería en la ciudad, y sobre las organizaciones de parteras y la lucha por sus derechos. Qué tonta me sentí después, al recordar cómo pensaba antes la partería: como un método “bonito” y “alternativo” para parir.

Lo que intento hacer con esta pequeña historia es mostrar que se necesita diálogo para crear espacios de encuentro y nombramiento, y para crear conocimiento, ya que el conocimiento no lo crea una persona por sí misma, sino en comunión.

En una brevísima oración, en el capítulo tres de su *Pedagogía del oprimido*, Freire describe lo que para él significa el *diálogo*. Lo define como el encuentro entre seres humanos, como una relación entre personas, como un acto creador. Y es así como también yo considero este concepto.

Cuando escucho la palabra “diálogo” se me viene a la mente la palabra “horizontalidad”, y es que yo pienso que ambas no pueden existir de manera separada. Para que el diálogo pueda suceder, se necesita que los dos sujetos estén en la misma posición de igualdad; y no podrá darse a menos que ambos estén dispuestos a criticar su mundo, así como tampoco es posible que exista el diálogo entre quienes niegan a los demás el derecho de hablar, y entre quienes tienen negado ese derecho. El diálogo no implica dominación, ni la negación del mundo del otro para imponer el propio. El diálogo es primordial para la existencia —y supervivencia— humana, por lo que no puede ser ignorado o disminuido al mero depósito de las ideas de alguien en otra persona. La no disposición al diálogo propicia la opresión, y ésta tiene graves consecuencias.

Por otro lado, y como bien dice Freire, el diálogo es un acto creador. Estos encuentros se dan al interior de una persona, con las otras, y entre todas juntas. Se trata de explorar, cuestionar y nombrar los mundos de los demás y de nosotros, así como de transformar y denunciar nuestro cotidiano y nuestra realidad, es decir, de verlos de otra manera. Se trata de “decir nuestra palabra”, como lo pondría Freire. A su vez, dichos encuentros dan lugar a vínculos de confianza entre los participantes.

Los momentos de diálogo no se dictan, sino que se construyen. No podemos llegar con nuestras amigas a planear con anticipación un espacio de encuentro y de nombramiento del que todas salgamos “liberadas”; no funcionaría. Es como si una llevara planeadas todas sus conversaciones a donde quiera que vaya. Sería absurdo, porque al planear individualmente un momento de diálogo estaríamos dejando de lado a todas las demás personas que formarían parte de él, y por lo tanto no lo podríamos considerar como un momento dialógico.

Al construir momentos de diálogo con otra persona estamos construyendo conocimiento, y para realmente hacerlo siempre se necesita más de un sujeto, pues siempre es necesario compartir ideas y saberes. Siempre estamos aprendiendo y enseñando.

En las campañas de alfabetización el diálogo es importante por todo lo anterior: el no-diálogo implica la dominación y la negación del mundo de alguien más para imponer el propio. Al participar en una campaña es muy importante reconocer a la otra persona, aceptarla e intentar ver las

cosas como ella las ve. No podemos llegar como las chicas ciudadinas que llevan el conocimiento y tratar a la gente de comunidades rurales como ignorantes, pues no lo son. Tienen otros saberes que nosotras no tenemos y no podemos llegar a decirles que sus conocimientos no son válidos, que su mundo y todo lo que conocen no vale, simplemente porque no es lo que a nosotras, las ciudadinas, nos enseñaron. ¿Quién decide qué mundo es válido y cuál no?

En las clases de las campañas de educación popular siempre tiene que existir un balance, por así decirlo, entre los saberes de la educanda y los saberes académicos de la educadora. Se tienen que relacionar y cuestionar ambos, así como intercambiarlos. Y es precisamente durante este intercambio de saberes cuando se construye el conocimiento. Haciendo un trueque de entendimientos del mundo, denunciándolos y nombrándolos es como se construye el conocimiento porque, una vez más, para construirlo no podemos estar solas, necesitamos de alguien que critique nuestras ideas para poder verlas de otra forma, poder construirnos más fuertes. No se pueden dejar de lado las vivencias de las educandas ni las nuestras, pues todo conocimiento nace de las experiencias vividas. Educadoras y educandas son transformadas por los momentos dialógicos pues éstos, al crear un intercambio de conocimiento, cambian la forma en que todas perciben y actúan en el mundo, desde sus actividades cotidianas hasta eventos más grandes.

Si Mari y yo no hubiéramos llegado a casa de Silvia y Teo con la disposición de escucharlas, cuestionarlas y aprender de ellas, nunca hubiéramos logrado entablar una relación de tanta confianza y, por tanto, nunca hubiéramos podido platicar con ellas, ¡hasta sobre los impuestos en Estados Unidos! No hubiéramos tenido un espacio para platicar sobre lo que nos interesaba ni sobre por qué nos interesaba. Y después, no hubiéramos podido intercambiar ideas, saberes y sentimientos, ya que no tendríamos el espacio ni la confianza para hacerlo, y hubiera sido imposible poder construir conocimiento con ellas.

Lo que aprendí con Silvia y Teo son cosas que jamás se me olvidarán. No sólo porque me enseñaron muchas cosas prácticas, sino porque también descubrí (o concienticé) cómo es tener un buen momento dialógico. El diálogo, creo yo, es el motor de la transformación, pues sin él somos incapaces de construir conocimiento, somos incapaces de conocer el mundo, de actuar en él y de transformarlo.